

«Esta ciudad alegre y confiada, dispersa en su latir humano, es terriblemente inactiva, pese a su frenesí industrial. No tiene relieve cultural colectivo, ni eco artístico mayoritario o minoritario.»

Luego: «No es por falta de individualidades que la ciudad no deja sentir su peso específico. Las individualidades fuertes son precisamente tesoro de San Feliu» Y un poco más adelante: «O sea que la personalidad de «de perfil» de cada guixolense, hecha de desenfado y gaya denosura, ahogó la personalidad «representativa» de quienes debieran, por su altura intelectual y de genio cívico, ofrecerse como portavoces de una ciudad organizada.»

Todo esto a raíz de un ¿Por qué?. Pero, ¿no nos hemos elevado demasiado por las alturas al sentar las precedentes opiniones, entre otras? Que existen en San Feliu aquellos ciudadanos que parecen poseer por decreto natural el secreto de la vida y de la muerte,—palabras de J. V. A.—¿quién lo duda?. Pero sentar la opinión de que éstos ahogen la marcha cultural de la ciudad, equivale a error. Su mundo es tan pequeño, tan reducido, que nunca se le ha de tener en cuenta, si existiera una desdichada disociación entre pueblos y rectores.

Y por ello es así, para demostrar que no pesan en el ánimo ciudadano y que por tanto estas líneas no son fruto de una opinión más a añadir a las ya sustentadas y publicadas, ahí están algunos de los hechos.

¿Qué otra ciudad de la categoría de la nuestra, en esta comarca, puede contar con una academia de segunda enseñanza, de dos agrupaciones teatrales, de una masa coral notable, de un coro parroquial excelente, de una agrupación excursionista y con un «Sbart Dansaire» y con sus públicas y frecuentes veladas de cinema «amateur»? ¿Qué ciudad o villa, convoca anualmente un concurso literario, sino San Feliu de Guixols? ¿Qué empeño no pusieron los guixolenses, con

ANCORA

San Feliu de Guixols 15 de Septiembre de 1955 Núm. 399 Año VIII

¿POR QUÉ?

su espíritu altruista, para llegar a la plena consecución de una de sus conquistas: una ambulancia flamante, digna de la ciudad, aunque con los deseos de que Dios nos ahorre todo lo posible de sus servicios? ¿Quién no sintió un íntimo gozo, un elevado orgullo, con la inauguración de nuestros museo de arte y archivo municipales? ¿No es nuestra corporación municipal quién sigue desvelándose para llegar a la plena realización de una Casa de la Cultura en nuestra ciudad? ¿No ha tomado carta de naturaleza entre nosotros la sugestiva y anual exposición—concurso de flores en el Patio Municipal, convocada por el Ayuntamiento? ¿Y no dice nada esta otra exposición de arte inaugurada también en el Patio Municipal el domingo pasado, única y exclusivamente de artistas guixolenses? Más todavía. ¿Quién aguantaría durante siete u ocho años un semanario como ANCORA, no todo delicias y si con sus amarguras y sinsabores?»

En suma: ¿qué otra ciudad o población en

en este trozo de costa puede parangonarse, no ya en lo turístico, sino en lo cultural, con la nuestra?

Si todo esto que precisamente se produce cuando se vive intensamente cara al exterior y que es cuando se pueden perder muchas cosas buenas y prístinas y peculiares gracias, según L d'Andraitx, no es suficiente para ser difundido o recordado, ¿por qué pues, clamar al cielo o rasgarnos las vestiduras cuando un día así lo hicimos al ser olvidados en una publicación, creo que llamada «Bellezas de España», de un escritor de otros tantos escritores no amigos nuestros?

Pero reflexionando con la condescendencia adquirida de quien dobla el cabo de la madurez y prudencia de espíritu, digamos para quien convenga, con L d'Andraitx: «¿qué importan, en esencia, las algaradas publicitarias, un nombre en los mapas, una vela de orgullo en el altar del diablo? ¡Vayamos a por nuestra Ciudad, a por su auténtica imagen, a por la ciudad que queremos que sea!»

J. P. A.

Sobre un Manuscrito de Luis Barceló Bou

A raíz de mi anterior artículo sobre la suerte de nuestros alcornoques, llegaron a mí, por mano amiga, unos versos elegiacos, obra de Luis Barceló. (E. P. D.). Grito profético y de alerta del vate palamosense, ante un hondo presentir. Quizá ya viera entonces,—la poesía está escrita por el año 1918— los primeros abusos cometidos en los bosques de la comarca, pues pone su voz en boca del «suro gros de Romanyá», vigía, en su atalaya, de condenables atentados. El árbol, apenado y aturdido por incesantes golpes de hacha multiplicados por el eco, habla, en gritos de acusación y agravio:

«Els qui ens venen a arrencar
són colles de gent pagada
que tot s'ho han d'emportar:
pelagri, escorça i llenya,
ni un bri deixen per cremar,
i es veuen les serres nûes
com després d'un huracà.
Propietaris d'eixes terres,
qué hi vindreu ara a pelar?»

Nadie quiso prestar oídos a las palabras de Barceló. Muchos propietarios ya no vigilan hoy a sus propios bosques llegado el período de la saca, vendiendo a priori el supuesto producto de ella a «gent estranya». Y estos nuevos mercenarios, sin amor al terruño, sin amor a los árboles, sin consideración a una industria, sin respeto

a una riqueza de la Patria, son los que cometen los peores descalabros en nuestros alcornoques. Y mientras aquí, en nuestra tierra, se olvida toda prudencia, en Portugal, defendiéndose de parecidos abusos, una guardia de ex-profeso vigila las carreteras, inspecciona los cargamentos y sanciona duramente las infracciones a la ley que regula la edad mínima de los árboles destinados a la saca.

También existen aquí leyes reguladoras, pero poco oído se les presta. Prueba evidente de ello y de repetidos abusos, es la mala saca que se ha conseguido este verano del «corcho país». Un 50 % escaso de la producción normal, y de bajísima calidad.

¿Qué ocurrirá el próximo año?
«Podreu pelar vostres terres,
quan ja suros no hi haurà!
Dels petits per més que creixin,
no en treureu ni un moç de pa,
que encar que els peleu tres voltes
ni el treball us pagarà!»

Si la poesía, aunque sentida, es de escaso valor literario, la hemos transcrito por su mensaje de advertencia, por su honradez, por su manifiesto deseo de bien obrar, por su indiscutible sinceridad.

¡Derive en pro de nuestra riqueza, de nuestra industria!

L. d'Andraitx